

el
FILM
de HOY

30
cp

GEORGE
O'BRIEN
CLAIRE
TREVOR



LA ULTIMA SENDA



TINLING, James

Año II

Núm. 63

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

The Last Trail, 1935

La última senda

Novela de aventuras, interpretada por el popular
caballista GEORGE O'BRIEN, secundado
por CLAIRE TREVOR, EL BRENDEL, etc.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA

▼

Postal-regalo: MAE WEST

EL FILM DE HOY

Prohibida la
reproducción

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 10 - BARCELONA - Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - Barcelona

La última senda

Argumento de la película

UN BANDIDO PINTORESCO

Se deslizaba el tren cerca de la frontera que en California separa Méjico de los Estados Unidos y en la plataforma del vagón posterior varios pasajeros contemplaban el bello panorama de aquellos campos floridos y hacían comentarios.

Entre dichos pasajeros había uno bajo, rechoncho, de cara toda afeitada que se encontraba sentado teniendo al lado sobre el suelo un estuche que parecía la funda de un violín y los otros pasajeros que estaban de pie no le dejaban contemplar el paisaje y, además, le marcaban con una conversación insulsa y pedante.

—¿Cuánto me alegra que visitemos este año California?

—La verdad es que ir todos los veranos a Europa resulta algo aburrido.

—¡Hermoso campo!

—Me recuerda a Egipto. ¿Verdad, querido?

—Sí, mucho.

—Me parece estar viendo los camellos.

Y el pasajero gordo, desecho de desaharazarse de aquellas insupportables vecinas, llenó su boca con un puñado de bolitas y las fué disparando hábilmente con extraordinaria fuerza sobre sus cogotes.

Y la conversación petulante e insulsa era interrumpida para llevarse la mano al sitio dolorido cada vez que aquellos diminutos proyectiles hacían blanco.

—Recuerdo que una vez en el Nilo...

Y, tras de rascarse en el cogote:

... Como iba diciendo...

Y el pasajero gordo expiró:

En este país los mosquitos son terribles.

Y todos menos él, temerosos del paludismo, abandonaron la plataforma dejándolo a sus anchas.

Y, al poco rato, llamó vivamente su atención un espectáculo vivamente emocionante.

Un jinete galopaba a rienda suelta siguiendo el tren y como queriendo darle alcance, perseguido con encarnizamiento por un grupo numeroso de otros jinetes pertenecientes, al parecer, a la policía mexicana.

El viajero del tren aplaudía entusiasmado y lo animaba con sus gritos, hasta que el perseguido logró asirse fuertemente con sus manos a la barandilla de la plataforma, abrió las piernas dejando marchar su cabalgadura, pateó un momento en el aire y finalmente afianzó sus pies sobre el estribo subiendo al tren ayudado por aquel pasajero que tanto le había animado con sus gritos.

Pero los jinetes no abandonaron su persecución y continuaba galopando tras el tren pretendiendo alcanzarlo también a su vez y entonces, aquel pasajero gordo, abrió en el suelo aquel estuche que parecía el de un violín, y dentro aparecieron numerosas bombas de mano que comenzó a arro-

jar certero contra los perseguidores, no tardando en lograr hacerles desistir de su empresa.

—Gracias—le dijo el perseguido.

—Puede tumbar a varios hombres, pero no lo hice por miedo a herir algún caballo.

—Es un estuche muy útil.

—Supongo que usted será un mal tipo.

—Eso es lo que ellos se imaginaron. Me llaman "El Diabólico".

—¡Magnífico! Un hombre como usted nos está haciendo falta en nuestra banda. Venga conmigo y lo presentaré al jefe.

—Gracias, pero deseo apearme en la frontera.

Entretanto, los policías habían telefoneado al puesto próximo explicando lo ocurrido a su jefe llamado Pedro González. Al saber que se les había escapado el bandido americano alcanzando el tren, proyectó salir al encuentro de dicho tren con diez hombres, pero cuando supo que habían sido empleadas bombas de mano, dispuso que le acompañaran veinte hombres y, finalmente, dió orden de preparar a treinta hombres al saber que en el tren iban cómplices que le habían ayudado.

—¡Pedro González—exclamó con énfasis— encontrará al bandido americano! ¡No volverá a robar más novias!

Y acompañado de numerosas fuerzas, al llegar el tren, procedió a registrarlo meticulosamente.

El bandido americano "El Diabólico", como él mismo decía que le llamaban, no había tenido tiempo de abandonar el tren y al ver llegar a la policía, intentó esconderse entrando

en un departamento reservado y saltando sobre la cama superior, casi junto al techo del vagón.

Y apenas acababa él de esconderse allá arriba, penetró en el reservado una muchachita frágil y rubia que era una preciosidad, cerrando tras de sí la puerta.

No tardó en presentarse ante ésta, golpeándola, Pedro González, que pronunció las rituales palabras:

—¡Abra en nombre de la ley!

Y cuando aquella muchachita abrió, le preguntó concisamente:

—¿Hay algún bandido aquí?

—¿Tengo yo acaso cara de bandida?—respondió ella con gracia incomparable.

Y Pedro González, con la proverbial cortesía de rancia cepa española, se deshizo en mieles y se marchó sin proseguir allí el registro ni molestarla más, exclamando:

¡Es usted muy bella, señorita!

El bandido, tras de cerrarse la puerta, hizo un falso movimiento y cayó al suelo su enorme sombrero, asustando a la muchacha. Entonces él saltó abajo y le explicó:

—Necesitaba esconderme...

Y al ver que ella, muy asustada, intentaba salir, la impidió con energía, aunque sin brutalidad, diciéndole:

No se asuste... y hágame el favor de sentarse.

Entretanto, el de las bombas de mano había entrado en el tren desde la plataforma posterior y se había dirigido al departamento donde se encontraban los que formaban su banda jugando alegremente a las cartas.

—He estado ahora mismo—les dijo— hablando con el diablo.

Y ante la extrañeza que causaron sus palabras, les explicó detalladamente lo ocurrido.

Y cuando terminaba de contarla, se abrió la puerta y penetró Pedro González, preguntando:

—¿Quién de ustedes es un bandido?

Rosa, el jefe de la banda, que era un abogado de cuenta, con su bigotito recortado, juntó las manos con ademán compungido y con voz humilde y gangosa contestó:

—Nosotros somos unos pobrecitos misioneros que vamos en busca de salvajes para civilizarlos.

—Ustedes discúpanse—dijo el policía.



... No se asuste... y hágame el favor de sentarse...

—Dispensado, general—le respondió burlanamente el de las bombas.

—¡No está en el tren!—exclamó lleno de certeza Pedro González bajando del mismo, que no tardó en reanudar su marcha.

Entretanto el bandido americano, sentado frente a la joven rubia espiritual, le explicaba su aventura.

—No se asuste—le decía—, yo no soy un bandido. Se tra-

ta de una muchacha novia de un amigo mío. Su padre quería casarla por interés con un viejo rico y mi amigo y yo la robamos, por supuesto con su consentimiento. Por eso me persiguen.

Y la rubia, tras de oír la explicación, pareciéndole que ya duraba aquello demasiado, exclamó:

—Bueno: si piensa usted quedarse aquí toda la noche, tendré que marcharme yo.

—Sé dónde está la puerta, señorita. Muchas gracias. Espero no haberla molestado mucho.

Y salió al pasillo, abrió una portezuela y se apeó del tren a toda marcha, dando tres o cuatro vueltas de campana en el talud del terraplén sobre el que se asentaba la vía. Era, pues, un bandido pintoresco.

SU AMIGO NEWT Y SU ESPOSA SALLY

El bandido americano, tras de arrojarle del tren en marcha, no tardó en encontrar su caballo dotado de maravilloso instinto y, montado en él, continuó su viaje.

En su camino se encontraba una escuela y en su puerta jugaban los niños esperando que saliera la maestra con la campana a dar la señal de que era hora de empezar el trabajo escolar.

Y jugando con ellos, como de costumbre, se encontraba Newt, apasionado por la infancia, que gozaba como un chiquillo cuando se encontraba entre ellos, tocada su cabeza con un sombrerito de alas ridículamente estrechas y todo él rezumando gracia cómica.

Se colocó lejos de los chicos, cogió con la boca una navaja por su empuñadura, hizo juegos malabares con dos manzanas lanzadas en el aire y terminó por recibir una de ellas con la navaja, en la que quedó clavada. Los chicos aplau-

dieron. Luego les arrojó una manzana para que se la tiraran y recibirla él en la punta de la navaja. Uno de los niños la disparó y por poco lo deja tuerto. Otro tiró otra manzana con verdadero ensañamiento con todas sus fuerzas logrando él recibirla correctamente con la navaja. Y en esto reparó en un jinete que había detenido su cabalgadura y contemplaba sonriente la escena.



Y jugando con ellos, como de costumbre, se encontraba Newt.

Era quien hasta ahora hemos llamado el bandido americano, según calificación de Pedro González, o "El Diablo", según se había calificado él a sí mismo; aquel a quien perseguía la policía mejicana por el rapto de una novia, y al verlo, Newt exclamó:

—¡Pero si es Tom Daley!

—¿Qué sigues divirtiendo a los chicos?—le preguntó el recién llegado.

—¡Pues claro, hambre! ¡Son mis grandes amigos!

Y dirigiéndose a los niños, les dijo:

—Muchachos: éste es Tom Daley, un viejo compañero de colegio... aunque no fuimos a ningún colegio.

Tom Daley se apeó y los dos amigos se abrazaron efusivamente ante los niños que formaron corro a su alrededor.

—¿Sabes también hacer suertes?—preguntó uno de los chiquillos.

Y otro, contemplando el inmenso sombrero pampero de Tom, exclamó:

—¡Qué hermoso sombrero! ¡Quisiera tener uno así!

—¿Te gusta?—le preguntó Tom—. Pues mira, si lo tocas es para ti. Ponete todas ahí lejos y yo os tiraré el sombrero y quien lo coja para él es.

Los muchachos se alejaron formando un grupo alborozado y Tom Daley atrojó hacia dicho grupo su sombrero seguro de que no lograría nadie cogerlo, porque tras de describir amplio vuelo sobre las cabezas de los niños, gracias a la mano que tenía él para lanzarlo, volvería a sus manos como un boomerang.

Pero no contó con la huésped y era que uno de los niños y de los más pequeños, fuera por malicia, fuera por inocencia, no se había movido de su lado, viniendo a caer el sombrero sobre su cabecita, hundiéndosele hasta los hombros.

—Es muy grande para ti—le dijo Tom—. Y ya es tuyo... ¿Quieres vendérmelo?

—¿Me das un real?

—Toma.

Y le dio una moneda de real alejándose el chavalillo muy contento a mostrársela a sus compañeros, pero olvidándose de devolverle el sombrero, que tuvo Tom que reclamarle.

Salió la maestra tocando la campana y todos los niños penetraron en la escuela, volviendo a montar Tom Daley en su caballo mientras hacia lo mismo en el suyo su amigo Newt, emprendiendo ambos la marcha conversando.

—¿Por qué has vuelto?—le preguntó Newt.

—Recibí carta de mi tío Jeany, mira.

Newt cogió la carta cabeza abajo y exclamó:

—¡Qué raro! Escribo al revés.

—Deja, yo te la leeré. Quiero que me encargue de la hacienda. La carta dice: "Querida sobrino. La hacienda ha de ser tuya algún día. Yo ya me voy haciendo viejo y quisiera verte en ella".

—Es la hacienda mayor de los conornos.

—¿Quieres acompañarme?

—No puedo. Estoy casado. ¿Te acuerdas de la pequeña Sally Scott? ¿Que era tan amable... tan bondadosa? Sally se alegrará mucho de verte.

—Bueno, pues como ya se hace muy tarde, pernoctaré hoy en tu casa.

Al oír esto, a Newt, que conocía bien a su cara mitad, se le puso la carne de gallina.

Llegaron junto a la casa de Newt y éste le gritó a su esposa Sally:

—Sally... ¡Una sorpresa! ¡Aquí está Tom Daley!

Sally se asomó a la ventana comprobando que era verdad lo que decía su marido y luego volvió a dentro en requerimiento de un rifle. ¡Mira que venirle con forasteros a aquellas horas! Su esposa, entretanto, la llamaba con tono meloso:

—Te llama tu ruiseñor.

Y Sally le contestó desde la ventana soltándole dos tiros.

—¡Y era tan amable, tan bondadosa!— comentó Tom.

—Se conoce que no hice bien el ruiseñor. Ahora no tendré más remedio que acompañarte a la hacienda de tu tío —repuso Newt.

LA BANDA DEL ABOGADO ROSS

Mientras Tom Daley cabalgaba hacia la granja Malone, ansioso de volver a ver a su tío y al lado de su amigo Newt, ansioso de no volver a su esposa, en la granja Malone se encontraba instalada la banda del abogado Ross que había llegado en el tren en el que conocimos a Tom Daley huyendo de la policía mejicana. A ella pertenecía el bandido de las bombas, a quien él le había dicho que le llamaban "El Diablo", y también aquella rubia espiritual en cuyo reservado se había escondido huyendo de Pedro González.

Y todos en la gran estancia de la granja, el jefe leía con gran prosopopeya un documento:

"Yo, Jerry Malone, en uso de mis facultades, declaro que ésta es mi última voluntad."

Después, Ross, comentaba:

—Hallé el cadáver del señor Malone que acababa de morir de un accidente, despedido por su caballo y, siendo su amigo y abogado, lo sentí muchísimo.

—¡Naturalmente!

—Buena; continúa la lectura.

"Lego mis propiedades a mi sobrino Tom Daley, incluida la Hacienda Malone".

Luego comentó:

—Y como hace muchos años que Tom Daley ha desaparecido, tú, Thompson, eres Tom Daley. Te felicitamos por la herencia.

—Es una buena idea.

—Y esta hacienda será la sede de la Sociedad protectora de Hacendados.

—¿De qué se trata? — preguntó el de las bombas.

—Les cobraremos una cuota para protegerlos contra los bandidos... y quien no pague será víctima de ellos.

—¡Una idea magnífica!—dijo Thompson.

—Tu plan no puede fallar — dijo la rubia.

—Si tú me ayudas, no fallará.

Buena — añadió ella —. Yo les dejo y me voy a acostar.

—Te veré después — le dijo Ross con acaramelamiento que dejaba ver que estaba enamorado de ella.

Y, en cuanto salió la muchacha, todos los bandidos se dirigieron al jefe, protestando:

—No deberías haberla traído.

—Las mujeres lo echan todo a perder.

—Siempre hemos trabajado juntos. ¿No es cierto? — les dijo el jefe.

—¡Pero esa mujer!...

—Buena, pues entonces, si no estáis conformes, retirémonos, dejemos este asunto.

Y todos protestaron:

—¡No!... ¡No! No te ofendas, jefe.

—Pues, en tal caso, dejadlo todo de mi cuenta... inclusive la chica.

Y se separó de ellos para ir a buscarla a su cuarto.

Ella, en cuanto había entrado en su habitación, había abierto un maletín en el que llevaba disimulada una estación emisora de telefonía sin hilos y había comenzado a llamar por el micrófono:

—S-72... llama a S. K. R... S-72... llama a S. K. R.

La joven era una agente de policía femenina y seguía a la banda para desbaratar sus planes, tratando de comunicar

por medio de aquella estación con el punto de policía más próximo.

Pero, mientras hacía sus llamadas, y antes de obtener comunicación, escuchó unos golpecitos dados en la puerta, apresurándose a cerrar el maletín y colocarlo en un cajón de la cómoda, mientras preguntaba:

—¿Quién es?

—¿Quién crees tú que es? — le preguntó Ross abriendo la puerta y entrando.

—¿Qué pronto terminaste tus negocios!

—Es que tenía muchas ganas de estar a tu lado... Los muchachos no le quieren aquí.

—¿Vas a echarme a la calle a esta hora?

—Estáte tranquila. Tú estarás aquí todo el tiempo que yo quiera... Y yo sueño despierto contigo.

—Una hacienda no es un lugar muy romántico.

—Yo creo que ya va siendo tiempo de que nos vayamos conociendo mejor — le dijo el abogado intentando abrazarla mientras ella se echaba para atrás.

—Iré contigo a cualquier parte — respondió la joven displicentemente—cuando hayamos terminado este "trabajo".

—¡Por favor! — insistió él, intentando besarla—. Estoy enamorado de ti... No te pongas así...

Pero ella impidió que la besara y él, al verse rechazado, prorrumpió en tono amenazador, disponiéndose a salir del cuarto:

—Si la señorita es tan indiferente... yo no quiero obtener nada a la fuerza... Pero le aconsejo que cambie pronto de opinión, porque yo soy hombre que no sabe esperar.

TOM Y NEWT EN EL RANCHO MALONE

Tom Daley llegó, por fin, acompañado de su amigo Newt, a la hacienda de su tío, deseno de abrazarla.

Un viejo criado japonés, se encontraba afilando una herramienta campestre mientras canturreaba una canción que terminaba diciendo:

"El capitán Jerry está con los ángeles."

—¿Qué estabas cantando?—le preguntó Newt.

—Que el capitán Jerry ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses. Ellas dijeron que fué de un accidente, pero era demasiado buen jinete para que pueda yo creer que un caballo lo mató.

En esto, reparó en Tom Daley, exclamando:

—¿Pero si es el señor Tom!

—¿Y los demás criados?

—El nuevo jefe los despidió a todos menos a mí, substituyéndolos con los amigos que trajo de la ciudad y que andan ahora haciendo un rodeo.

—¿Un rodeo en esta época!

—Mire, ahí está ese tanto de la ciudad molestando de nuevo al toro.

Tom miró al corral en el que estaba encerrado un toro y vió a un hombre que había penetrado dentro y con torpeza manifiesta intentaba arrojarle al toro el lazo, y reconoció en aquel hombre al bandido rechonecho y de cara redonda que le había ayudado con sus hombres a escapar de la policía mejicana.

—¿Qué hace este hombre aquí?

—Vive aquí con el nuevo jefe, con el señor abogado.

—Mira, Japónica, tú no me conoces. ¿Entiendes?

El toro había aguantado pacientemente las tonterías de aquel bandido, hasta que se cansó y se arrancó sobre él, y el bandido salió corriendo presa de gran pánico perseguido de cerca por la fiera. Entonces Tom montó en su caballo y saltó por encima de la empalizada, dispuesto a salvarle la vida, y galopó acosando al toro hasta que logró llegar a su lado, saltando a tierra y agarrándose a sus cuernos hasta lograr hacerle caer a tierra vencido.

Después, ya fuera, el bandido se le acercó lleno de reconocimiento.

—¡El Diablo!—exclamó reconociéndolo—. Gracias, compañero.

Ya estamos en paz... ¿Qué haces aquí?

—¿Es de confianza éste?—preguntó refiriéndose a Newt.

—¿Pero no lo conoces?... Es Olsen, el asesino.

—¡Hola, asesino!... ¿Sigues buscando emociones?... Pronto las encontrarás en esta hacienda.

—¿Es tuya?

—Pronto será nuestra, así como la Asociación protectora de los Hacendados.

—¿Es la casa más fácil del mundo!

—Vengan, les presentaré a la pandilla.

Y los llevó a donde se encontraban los demás bandidos, presentándoles.

—Muchachos, Este es "El Diablo" y este el asesino Olsen. El Diablo cree que nuestro asunto es cosa fácil. Lo necesitamos.

Eso interrumpió Ross—lo determinaremos luego.

—Aquí os presento al abogado Ross. Y éste—añadió señalando a Tompson—, Tom Daley, el heredero de la finca.

—¿Queréis tomarme el pelo? A Tom Daley lo conocí en Méjico y éste no se le parece nada.

—Sabes más de lo que conviene a tu salud—le dijo el abogado en tono amenazador.

—Mi salud no... la de usted—le contestó serenamente Tom apurando un vaso de vino—. Quiero parte del dinero que van ustedes a ganar. Le veré mañana por la mañana.

Y salió impasible seguido de Newt, requiriendo todos los bandidos las pistolas.

—Aquí no—les ordenó el jefe—. Emplead el auto.

Tom y su amigo se marcharon tranquilamente a dormir a una casita aislada que había allí cerca, de la que sabían que podían disponer, siendo espiados por los bandidos que habían decidido matarlos aquella misma noche.

—Vamos a divertirnos aquí, Newt... es decir, asesino... Vale más que te marches a tu casa.

—No!—protestó Newt—. Estoy más seguro aquí... Pero tú...

—Necesito probar que asesinaron a mi tío.

—Cuéntame, Salves que soy muy valiente.

Y, sacando su pistola, se contempló en un espejo con aspecto retador, el sombrerito de alas microscópicas sobre la cabeza, perfectamente ridículo... Pero se le escapó un tiro que fué a herir en pleno vientre a su imagen reflejada en el espejo.

Disparé contra mi mismo... Y una de las balas me ha dado aquí.

Y le costó a Tom inmenso trabajo convencerlo de que no le había pasado nada. El espejo era la única víctima.

Y los asesinos llegaron cautelosamente montados en su auto.

—Deja el motor andando—dijo uno de los cuatro que iban allí dispuestos a asesinar a nuestros dos amigos.

Y entraron con sigilo, viendo sobre la cama, bajo las mantas, los bultos alargados de dos personas dormidas. Y se arrojaron los cuatro sobre la cama ferozmente dispuestos al doble asesinato, cuando se abrió una puerta y aparecieron Tom y Newt pistola en mano gritando:

¡Manos arriba!

—Manténlos a raya—lo dijo Tom a Newt.

Y, desarrollando su lazo, lo lanzó sobre el grupo de los cuatro, montando luego a caballo y arrastrándoles, a pesar de que se agarraban a la cama y a los muebles.

Así los condujo hasta la granja, y, haciendo que Newt abriera una puerta, los metió allí y cerró por fuera.

Sobre aquella puerta había un letrero que decía:

"Cámara frigorífica".

Después, los dos amigos se fueron tranquilamente a dormir y esperar el día siguiente, viéndose precisados para ello a arreglar la cama que habían casi roto los cuatro.

FALSO MATRIMONIO

Al día siguiente, por la mañana, se encontraba el abogado Ross de pésimo humor, al ver que los encargados del asesinato no habían regresado ni daban resultado alguno las pesquisas encomendadas para averiguar su paradero, así es que no consentía en desayunarse.

—¡Deben haber fracasado en el asesinato de esos dos prójimos!—exclamó.

Y el bandido gordo de las bombas protestó:

—¿Cómo se entiende? ¡Asesinar a mis amigos!... ¡No lo consentiré!

—¡Tú te rallas y obedeces!

Y, al poco, se presentaron Tom y Newt alegres y burlones.

—¿Podemos desayunarnos?

—Dormimos muy bien anoche.

Los grillos arrullaron nuestro sueño.

Soy capaz de comerme un caballo.

—Tráigame de todo lo que haya—dijo Tom.



Así los condujo hasta la granja.

—Y a mí—dijo Newt—lo mismo y además dos costillas de cerdo.

A todo esto, Japónica, en la casita aquella, abrió la nevera y se encontró dentro a los cuatro asesinos congelados.

—¿Por qué no has abierto antes?—le increparon.

—No necesito antes hielo.

Y salieron tosiendo y estornudando, dando un triste aspec-

título ante el jefe que le dijo a nuestros dos amigos:

—Tendremos que considerarlos de los nuestros.

—Es lo que yo esperaba.

—Tú serás Tom Daley—añadió dirigiéndose al auténtico Tom—. De aquí en adelante, tú eres el heredero.

—¿Y por qué yo?

—Tú lo conociste. ¿No lo conociste lo bastante para



—Tendremos que considerarlos de los nuestros.

contestar cualquier pregunta?

—Creo que sí.

Y, en aquel preciso instante, se presentó ella, la rubia espiritual, la valiente policía de quien estaba enamorado el jefe.

—¡Ah!—exclamó al ver a Tom—. ¡El hombrerón de la litera!

—¿Le conoces?

—Sí, pero no hemos sido presentados. Entró en mi reservado sin más presentación.

—Me perseguiría la ley.

—Desde ahora es de los nuestros. Va a pasar por Tom Daley y, además, tú vas a pasar por su esposa.

—Tom Daley—dijo el mismo—, no era casado.

—Pero nuestro Tom sí lo es. Hoy iremos a ver al juez para hacer efectivo el testamento.

—Y yo prepararé mi ajuar.

—Tú serás mi padrino, asesino Olsen. Vamos a ganar mucho dinero.

—¿A qué viene eso del matrimonio fingido?—preguntó el de las bombas de mano en voz baja.

—Para hacernos con la propiedad por medio de la viuda.

—¿No lo iréis a asesinar?

—Tú obedece mis órdenes y nada más.

Y montaron en el auto para ir en busca del juez.

—Están ustedes casados en Méjico—explicó el abogado— y si les piden el acta matrimonial, dicen que la han perdido. En caso de necesidad, se falsificará.

—¿Le agrada a usted estar casada conmigo?—preguntó Tom, echando familiarmente su brazo sobre el hombro de la joven.

—No olvide usted—soltó celosamente el abogado Ross, que sólo están casados para los objetos del negocio.

Y, cuando llegaron al poblado, paró el coche ante una casa en cuyo jardincillo estaba una señora anciana, pero robusta y bien conservada.

—Desco presentarlo a unos amigos, señora Wilson—le dijo el abogado—. El señor Thompson y el señor Tom Daley y su esposa.

—¡Qué placer, Tom! Supongo que no te habrás olvidado de tu madrina.

—¡Claró que nó!

—Tu esposa es muy bella. ¡Parece mentira, Tom!... ¡No te he visto desde que eras así! Me acuerdo de cuando me robabas mis confituras... ¡Pasen, pasen!... ¡Me acuerdo hasta de un lunar que tenías en el hombro!

—¿Dónde está el juez?—preguntó el abogado ya dentro de casa de la señora Wilson.

—No regresará hasta mañana.

—Entonces... tendremos que pasar la noche en el hotel.

—Siento que mi casa sea pequeña para todos, pero Tom y su esposa podrán dormir aquí.

—Pero tenemos que tratar unos negocios.

—Insisto en alojar a mi ahijado y a su esposa.

Y, por más que intentaron todos oponerse, no hubo más remedio que complacerla, y el abogado y Thompson se marcharon, quedándose en la puerta de la calle espiando la luz de las ventanas, mientras los dos falsos casados quedaban allí dentro, víctimas de la amabilidad de la madrina de Tom.

UNA NOCHE DIFÍCIL

La señora Wilson les adivinaba con su amabilidad y su cariño.

—¿Llevan mucho tiempo de casados?

El varaló y le preguntó a ella:

—Tú, ¿cuántos años llevamos?

—Unos cuatro años.

—¿Y no tienen hijos?

—No.

Les condujo a su habitación.

—Esta es su cama—les dijo mostrándoles una matrimo-

nial—. Si necesitan algo, llamen, que yo duermo aquí al lado y tengo el sueño muy ligero.

—No necesitaremos nada.

—Deben estar cansados.

—Sí, mucho.

—Pues que descansen bien.

Y se marchó dejándoles muy azorados, frente a frente los dos.

—Bueno, aquí estamos—dijo él, contestándole ella con un gesto de desagrado.

Luego se sentó él sobre los pies de la cama.

—Colchón de plumas—dijo—. ¡Magnífico!

—Esta farsa no puede continuar—protestó ella airadamente—. ¡No haga el papel de esposo!

—¿Por qué no?

—O se marcha usted o me marchó yo.

—Eso ya me lo dijo usted otra vez.

Y, dirigiéndose a la puerta, la abrió y dijo al marcharse:

—Buenas noches.

Pero notó que la señora Wilson subía la escalera y volvió a entrar precipitadamente.

—¡Que viene!... ¡Que viene!

Y se sentó en un butacón haciendo que ella se sentase sobre él y abrazándola.

Entró la señora Wilson con dos vasos de leche, diciendo:

—Les traigo dos vasos de leche caliente.

Y cuando la anciana se marchó, Tom bebió la leche, negándose ella a hacerlo, y al volver Tom a intentar marcharse, volvió a entrar, diciendo:

—¡Que vuelve!

—No lo creo. Váyase.

—¡Que viene!

—Bueno, puesto que es usted tan fresco, voy a serlo yo más.

Y comenzó a desnudarse, volviéndose él de espaldas y diciendo, mientras ella estaba en camisa:

—Póngase algo, que entra.

Ella se vistió un quimono y, tras de volver a entrar y salir la señora Wilson, los dos jóvenes se miraron sonrientes.

—Es una luna de miel llena de dificultades —dijo ella.



—Esta jursa no puede continuar.

—Mejor será la otra —contestó él sentándose en una mesita baja.

—Usted es demasiado decente para andar entre esta gente —le dijo ella compadecida.

—¿Y usted?

—¿Por qué no los deja?

—¿Me aconseja usted eso?

—Son muy peligrosos. Los asesinarán.

—No puedo retroceder. Pero usted, ¿por qué no se marcha?

—Imposible. He de seguir.

—Y yo también... Y ahora voy a dormir un rato.

Y acercó la mesita al balcón sentándose él en éste y extendiendo sobre la mesa las piernas. Ella le arrojó con una manta y apagó la luz.

Abajo, en la calle, el abogado Ross, que espía la luz de las ventanas, al ver que se hacía la oscuridad, se mesaba los pelos sintiendo la horrible mordedura de los celos.

Al día siguiente, se presentaron al juez que, tras de legalizar el testamento y dar posesión de la herencia al heredero, felicitó al abogado por lo bien y legalmente que había procedido en aquel asunto.

TOM DOLBY DESCUBIERTO

El día aquel se encontraban sentados en el suelo el bandido de las bombas de mano y el terrible asesino Olsen, o sea el pobre Newt, dándoles repetidas veces a sendas botellas, y mirando Newt de rojo una funda de violín que tenía su amigo a su lado mientras él cantaba:

Es del sexo débil

Y hay que complacerla

Porque se ha quedado mi piel

Y ahora qué está pelona

La pobre no sabe qué hacer.

—Bonita canción.

—Toca ahora tú el violín.

—No es violín, sino una máquina fotográfica destinada a los que no me agradan.

—Una vez fui a retratarme y me dijo el fotógrafo que mirara arriba y vería un pajarito, pero jamás lo vi.

—Pues yo voy a hacerte un retrato. Ponte ahí, frente a esa pared.

Y Newt se colocó de perfil frente a la pared, mirando y empuñando una pistola con fiera actitud.

Y el otro sacó de la funda del violín una pistola ametralladora con su culatín y, buscando donde apoyarla, clavó en el suelo del revés una horquilla de aventar, apoyó en ella el cañón, y comenzó a disparar, contorneando con los impactos la silueta de Newt que, borracho como estaba, no se enteraba de nada y decía:

Hace mucho ruido tu cámara. ¿Debe ser sonora, verdad?

Luego, contemplando su silueta, exclamó:

—¡Exacto! ¡Es una cámara magnífica! Mi propio perfil. Ahora te retrataré yo a ti. Ponte ahí, al lado de mi retrato, para que salgamos juntos.

Y comenzó a apantar, pero su borrachera le hacía ver turbio, implorando:

—Pero no te muevas! ¡Te mueves demasiado! ¡Oh, si estuviese aquí Sally!

Y en aquel preciso instante, llegaba Sally en su automóvil, furiosa en busca de su esposo que, en los movimientos descompuestos de su borrachera, torció la pistola, oprimió el gatillo, y colocó tres proyectiles en el parabrisas como si intentara retratar también a su esposa.

Cuando la vió quiso huir empavorecido abandonando la ametralladora y ella le increpó:

—¡Baja de ahí!... Conque andando con ese Tom Daley, ¿eh?

—¡Cállate!

—No me calles—gritó ella—. ¿Dónde está Tom Daley?

Y se presentó el abogado Ross, preguntándole:

—¿Dijo usted Tom Daley, el verdadero Tom?

—Es lo que dije.

—No sabe lo que se dice—interrumpió Newt.

—¡Cállate... ¡Quiero decir Tom Daley!

—Basta—dijo Ross—. Encerradlos... Ahora acabaremos con tu amigo.

Y, mientras los bajaban y encerraban en la bodega, Ross le decía a Thompson:

—Resulta que se trata del verdadero Tom Daley.

—No trás a matarlo—intervino entonces la agente secreta, que también acompañaba a Ross—. Debes pensar en la policía.

—Tiene razón, Ross—dijo Thompson—. quizás sea mejor buscar otro camino.

—Gracias, vidita, vete a tu cuarto. Les vamos a dar un pascito largo.

Después de marcharse ella, añadió:

—Adquiriremos la propiedad por medio de la viudedad.

DESENLACE

Ella, en cuanto llegó a su habitación, abrió el maletín en el que escondía una estación de telefonía sin hilos, y procuró ansiosamente establecer comunicación con la policía, transmitiendo en el micrófono en voz baja:

—S-72... llama a S. K. R.

Y, cuando logró hacerse oír, manifestó que era urgentísimo el envío de agentes a la granja Malonc, añadiendo:

—Vengan en seguida. Están bien armados.

Y, mientras seis u ocho policías salían para la granja en motocicletas a toda marcha, el abogado Ross entraba en la habitación de la joven sorprendiéndola en su maniobra

y destrozando iracundo la estación tras de arrebatarle una pistola, gritándole:

—¡Traidora!

Y bajó rápidamente, dando apremiantes órdenes.

Briggs, acaba con Olsen de una vez. Y tú ocúpate de Daley.

Y el bandido de las bombas, encontrándose con Tom, le puso al tanto de la situación, diciéndole:

Van a matar a la joven.

—Tu ayuda a Olsen—le dijo Tom—y déjame a mí obrar.

Y, acercándose el bandido a la prisión de Newt, le dijo:

—Aléjate de la puerta.

Y luego disparó sobre la cerradura destruyéndola y poniendo en libertad al pobre asesino y a su esposa.

Ella arrastró a su marido hacia su auto.

—Vámonos para casa, sucro del demonio.

Va no soy un sucro—gritó éste—. Soy un luchador... ¡Un león! ¡Un tigre! ¡Un león!

Y, empuñando una enorme llave inglesa que encontró en el coche, corrió en ayuda de su amigo.

Este, al entrar donde se encontraban los bandidos, se vio encañonado, pero, con brusco movimiento, se apoderó del arma de uno de ellos y les gritó:

—¡Manos arriba!

Y los tenía acorralados cuando entró otra por detrás y le dió un golpe en la cabeza tumbándolo.

Y mientras aparentaba haber perdido el sentido, escuchó como los bandidos se confesaban culpables del asesinato del tío.

Y, cuando lo arrastraban entre dos, se revolvió contra ellos, volvió a entrar en la habitación y peleó como un tigre hasta lograr amontonarlos en el suelo y envolverlos en una alfombra, momento en el que llegó Newt esgrimiendo la llave inglesa.

—Cuidate de ellos—le dijo, y corrió en socorro de la joven.

Y Newt intentaba vanamente contener a los que estaban bajo la alfombra usando el expeditivo procedimiento de darle un fuerte golpe en la cabeza con la llave al que la levantaba demasiado.

Entretanto corrían los policías ciclistas a toda marcha. Tom, desde lo alto de la escalinata, vió a Ross que intentaba hacer franquear a la joven una puerta y logró que ésta se separase de él un momento, gritándole:

—¡Cuidado!

Y aprovechó el momento para arrojarle un tiesto a la cabeza haciéndole caer.

Pero después tuvo que pelear contra él rudamente, recibiendo varios ataques por la espalda de sus cómplices.

En un momento de la lucha, cuando parecía que le iba mal a Tom, se presentó el bandido de las bombas pistola en mano gritando:

—¡Cuidado con hacerle nada malo a mi amigo!

Y había ya paralizado la acción de los agresores cuando se escuchó un disparo hecho a traición y el defensor de Tom cayó pesadamente al suelo.

Pero, por fin, logró Tom vencer a Ross y penetró en la habitación donde se encontraban sus cómplices, pistola en mano, sorprendiéndolos.

Y llegó la policía, diciéndole Tom:

Aquí los tiene listos para embarcarlos.

Luego acudió a la alfombra donde había dejado a varios bandidos, custodiados por Newt, la levantó... y encontró a éste.

Y éste, el pobre Newt, héroe a la fuerza en aquella ocasión, tras de salir de debajo de la alfombra, vió a uno tapa-

do con una manta la cabeza y todo y, al descubrirlo, se encontró con su amigo, el que lo había retratado.

—¿Qué es esto?—le preguntó—. Creía que eras uno de ellos.

—Me han herido, compañero... Una herida fatal.

Y Newt le registró el cuerpo buscándole la herida y pudo fácilmente consolarlo.

—No tienes nada... Mira, la bala ha sido detenida por una chapa del cinturón.

Y volvió al coche junto a su mujer que, al ver su heroicidad, estaba cariñosísima con él.

—No te volveré a regañar.

—Harás bien, porque ahora soy muy valiente... ¿Verdad, Tom?... Ven a comer conmigo un día de éstos.

Y se marchó en el coche con su esposa.

Pero después, Tom Daley y la joven policía contemplaban de lejos la vista panorámica del Rancho Malane.

—¿Te gusta?—le preguntó él.

—Es encantador.

—La mitad podría ser tuya.

—Y yo la acepto.

Y sellaron el pacto con un abrazo y un beso.

FIN

Números publicados:

1. "La Rubrica Fantasma", por Ralph Parke.—2. "Por qué te quiero", por Nancy Carroll y John Bolan.—3. "Duro de Pelar", por James Laguey, Mary Brian.—4. "Central Park", por John H. Walsh, Wallace Ford.—5. "East es Broadway", por Ginger Rogers, Joan Blondell, Michael Coritz, etc.—6. "El Duplicado", por Jack Holt.—7. "La Dama del Ayón", por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. "Palacio Flotante", por George Arliss, Rita Zuhra, etc.—9. "Se Necesita un Rival", por George Arliss, etc.—10. "El Abuelo de la Criatura", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. "Hollywood", por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. "Noches en Viena", por Robert Marshall, Sam Maritza, etc.—13. "Madison Square Garden", por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. "Hola, Hermanita", por James Dunn, Bette Midler, etc.—15. "La Ley del Talión", por Spenser Tracy, Claire Trevor, etc.—16. "Muralles de Oro", por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. "La Locura del Dólar", por Walter Huston, etc.—18. "Por un Bese", por George Milson, Tania Fodor, etc.—19. "Civismo", por Charles Bickford, Arthur Arlen, etc.—20. "El Puerto de la Inocencia", por Jean Furber, William Mack, etc.—21. "Sábado de Indulgencia", por Gary Grant, Nancy Carroll, etc.—22. "Jimmy Sully", por James Dunn, Claire Trevor, etc.—23. "Alas la Condex", por Alison Skipworth, Richard Bennett, etc.—24. "A la Escena de los Muebles", por Claudette Colbert, Ray Lyon, etc.—25. "Perdona, Señoría", por John Gilbert, Robert Armstrong, etc.—26. "Palma Acusación", por Richard Talmadge, etc.—27. "Cajón de Anguila", por H. Lideltra, etc.—28. "Broadway y Hollywood", por A. Brady, F. Morgan, etc.—29. "El Exceso de Ojentes", por H. Angel, N. Foster, etc.—30. "Te Quiso ayer", por Elissa Landi, Warner Baxter, etc.—31. "Remo-Salida", por Marlon Brando, Kane Richmond, etc.—32. "Locura de Shanghai", por S. Tracy, F. Wray, etc.—33. "La Máquina Infernal", por G. Murry, G. Tobin, etc.—34. "Contra a la Astronave", por M. Schneider, etc.—35. "Tax", por Gina Manes, Charles Chute, Mousie, etc.—36. "Jana de Miel para Tres", por Sally Eilers, etc.—37. "Muchachos de Viena", por Diana Grayson, etc.—38. "Estadadores de Noche", por Jenny Jugo, etc.—39. "El 16 de Caballería", por Lucien Bascuz, Bernand.—40. "Noches de Fort Said", por Ricardo Núñez y René Hérbel.—41. "De Eva para Adá", por G. O. Brin, Mary Brian.—42. "Se ha Robado un Hombre", por Helmi Garat y Lili Damita.—43. "Cortail Musical", por Bing Crosby y Jack Oakie.—44. "Torbellino de Sociedad", por Francis Dee y Gene Raymond.—45. "Gracia y Simpatía", por Shirley Temple y James Dunn.—46. "Noches en los Bosques de Viena", por Margit Schneider.—47. "Viudas Habaneras", por Joan Blondell y Glenda Farrell.—48. "Asesinato en la Terraza", por Warner Baxter y Mirra Loy.—49. "Abnegación", por Hebe Daniels y Lyle Talbot.—50. "Amor y Chantillas", por James Dunn y Claire Trevor.—51. "Amantes Fugitivos", por Robert Montgomery y Marge Evans.—52. "El Crimen del Vestíbulo", por Carl Brisson y Victor Mac Laglen.—53. "Igumnio", por Helen Twelvetrees y Bruce Cabot.—54. "El Conquistador Irresistible", por Robert Montgomery y H. Thatcher.—55. "Compañeros de Justicia", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—56. "El Refugio", por Robert Montgomery y Maureen O'Sullivan.—57. "Palvortilla", por Jean Harlow y Leo Garry.—58. "El Incomprendido", por Jackie Cooper y Thomas Meighan.—59. "Secreto con Quema", por Willy Forst y Anna Scherf.—60. "El Fugitivo de Chicago", por Orestes Preslich y Lili Dagover.—61. "El Campeón del Regimiento", por Ruth.

**Acaba de aparecer en las selectas
Ediciones Especiales de UNA peseta:**

La legión blanca

por Loretta Young y John Boles

Lo que los dioses destruyen

por Walter Connolly, Doris Kenyon, Robert Young

CRUZ DIABLO

por Ramón Pereda, Lupita Gallardo

Próximo número:

¿Quién mató a Eva?

por José Bohr y Josefina Vélez

¡SIEMPRE LO MEJOR!

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELEF. 18841 - BARCELONA